

# “La montaña me dio el instinto de lucha y la fuerza para reinventarme”



Albert Cogul

*Mi nombre es Albert Cogul, tengo 54 años, y desde mayo de 2019 vivo viajando en mi furgoneta. Cuando estoy en Cataluña, vivo en Aspa, un pueblo con poco más de cien habitantes.*

**E**l verano de 2016 sufrí un fuerte golpe volando en parapente que me provocó una lesión medular, llegué al Institut Guttmann tres meses después de la lesión, y estuve 8 meses hasta mi regreso al mundo real, en silla de ruedas.

Mi vida anterior había transcurrido en Lleida, entre mi profesión como chef de mi restaurante de alta cocina, mi familia y mi amor por la montaña, especialmente como escalador de big wall y esquiador. Mi pasión por ella me llevó a ascender, entre otros muchos, al monte

Cervino, al Mont Blanc o a escalar El Capitán en Yosemite, EE. UU., o ir de expedición a Groenlandia. Mi carácter siempre se forjó entre sueños y retos, escalando paredes y cimas, siempre buscando un poco más, enfrentándome a todo por mis sueños, pero la silla me quitó todo aquello que amaba en la vida.

Ese instinto de lucha que me dio la montaña fue precisamente el que me dio la fuerza y la resiliencia para reinventarme en la persona que soy hoy, pero ese camino no fue fácil, y más de una vez caí en el desánimo, fue justo en uno de esos momentos en el que decidí ponerme un reto. Aprovechando el tiempo que esta nueva etapa me había regalado, decidí empezar a viajar, compré una furgoneta con la que recorrí gran parte de la península, incluido Portugal, y al regresar decidí dejar mi apartamento en Lleida y empezar un viaje de más de tres meses por Europa, que me llevó a visitar 32 países.

Todo fue sobre ruedas (nunca mejor dicho) por Holanda, Alemania, Dinamarca o Escandinavia, pues todo está bas-



tante bien adaptado, pero al llegar a Rusia, apareció una nueva realidad: todo era inaccesible para la silla de ruedas, y en ese momento me llegué a asustar ante el reto, puesto que al esfuerzo que significaba vivir en una furgoneta con mi lesión, se añadían las barreras arquitectónicas más severas que podía imaginar. No podía entrar en ningún sitio, ni siquiera en muchos supermercados, creí que allí acababa mi viaje, pero otra vez la resiliencia me dio la fuerza para seguir y buscar fórmulas que me facilitarían el día a día, y cuando me di cuenta, había pasado casi dos meses por países con mínima o nula adaptación para la silla de ruedas: Polonia, Hungría, Chequia, Moldavia, etc.

Para mi higiene personal y el baño, utilizaba los lavabos de los centros comerciales, y descubrí la generosidad de la gente del mundo, fuera cual fuera su credo o condición social, la gente que encontré en mi camino siempre estuvo dispuesta a ayudarme. Mi capacidad para superar pro-

blemas fue en aumento, hasta que llegó un momento en el que, a cada problema, encontraba una solución, y eso me permitió seguir viajando por lugares tan increíbles como Bulgaria, Kosovo, Macedonia del Norte, Turquía, Albania, etc., sin que las barreras arquitectónicas o sociales fueran un impedimento. Al regresar a Lleida, descubrí que mi depresión y mis miedos se habían quedado por el camino, mi vida había cambiado tanto que decidí continuar instalado en mi furgoneta, así que me fui cinco semanas a Marruecos y, al regresar, pasé toda la temporada de esquí en La Molina disfrutando de mi deporte preferido, el esquí.

Hoy ya llevo más de año y medio viviendo en mi furgoneta, aunque el confinamiento lo pasé en casa de unos amigos. El verano de 2020 lo pasé viajando por Francia, y mi mente continúa imaginando viajes y retos, es por eso que mi nuevo proyecto es viajar por el mundo, y cómo no, en una furgoneta más grande.